

DIVERSIONES.

I.

Honeste ambulemus.
Andemos con decencia.

(Rom. XIII, 13.)

Es muy difícil desengañar á los hombres sobre las diversiones del siglo, y destruir la inclinacion natural que tienen á los placeres de los sentidos: un sentimiento interior les recuerda su felicidad original, y los encamina al bien que han perdido. Las diversiones y los entretenimientos del mundo les ofrecen una sobra de esta felicidad, y sin examinar ni la brevedad ni el peligro de los placeres engañosos, se dejan llevar del primer impulso de su corazon, y solo piensan ser felices, cuando pueden entregarse á ellos con toda libertad. Si se les dice con san Agustin, que estos gustos de la vida se resienten de la inestabilidad de los objetos de donde nacen; que solo nos traen una satisfaccion pasajera, y que arrastran tras sí mil pesares y sentimientos; dirán, que el ministro que les habla, es un preocupado, y tal vez un hipócrita; apelarán al testimonio de la mayor parte de los hombres, que sacrifican en obsequio de los placeres del siglo su tiempo, sus bienes, su salud, su honra y su vida misma; y pretenderán probar que, á pesar de que en el público y por el bien parecer habla de esta manera, es quizá privadamente más sensual y disipado que los mismos á quienes quiere corregir. Hermanos míos, aunque estos razonamientos parezcan de mucha fuerza á una gran parte de los cristianos, que no profundizan como deben las verdades de la Religion, son, en realidad, solo especiosos, y la razon basta para destruirlos. Esto es lo que ahora me propongo demostraros: imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. La consideracion de lo que es el hombre, la situacion del cristiano, su vocacion, su destino y su fin, son motivos bastante eficaces,

para poner silencio á los vanos argumentos de la concupiscencia. Una vida tan corta, tan laboriosa y tan llena de dolores ¿se ha de conformar con los grandes placeres? ¿No somos, como dice Job, unos viajeros y peregrinos de la tierra? ¿no caminamos por sendas desiguales y estrechas? ¿Acaso podemos encontrar una ciudad permanente? Pues ¿por qué unos frívolos pasatiempos y vanos placeres nos han de retardar la entrada en la patria verdadera? ¿Podrán ellos recompensarnos de la penalidad de nuestro destierro? Si Dios, para castigar nuestra ciega inclinacion, nos condenase á no ver jamás otra cosa que el objeto perecedero que hemos escogido como el término de nuestra felicidad, ¿no experimentaríamos bien pronto con crueles disgustos, con una saciedad insoportable, la severidad de esta sentencia? Este cuerpo mismo que tantas veces esclaviza nuestra alma, ¿no es el primero que con tantas enfermedades y flaquezas como padece, nos advierte, que somos hechos para otro fin, y que los placeres destruyen y disgustan mucho más que alivian y consuelan? Los filósofos del paganismo han hablado muchas veces de esta materia, y han confirmado su doctrina con muchos y singulares ejemplos; pero, sin embargo, á ninguno han desengañado, porque la naturaleza corrompida es del todo insuficiente para corregir nuestras inclinaciones desarregladas. Estaba reservado á Jesucristo el suministrarnos los principios de una moral confirmada con sus ejemplos, y, por tanto, la mas persuasiva y sólida. Es cosa muy rara ver de la manera que se quiere conciliar la cualidad augusta de cristiano con una vida disipada y de placer. Despues de haber practicado ciertas obras exteriores, que exige la piedad para la edificacion del prójimo, y para conservar la nota de buen cristiano, se pasa lo restante del dia en los entretenimientos que lisonjean los sentidos y las pasiones, y no se piensa sino en destruir los principios del cristianismo, uniendo la vida cristiana con una disipacion habitual. ¿Por ventura seremos miembros del cuerpo de Jesucristo, desechando el espíritu de mortificacion y de penitencia, el espíritu de oracion y recogimiento, el espíritu de vigilancia y de circunspeccion, los cuales constituyen la esencia de la vida del cristiano, y que de ningun modo podemos conservar entre los placeres del siglo?

Sí, hermanos míos; la vida del cristiano es una vida de mortificacion y de penitencia. Jesucristo no habla sino de abnegacion y de lágrimas: los apóstoles que predicaron su doctrina, nos enseñan á crucificar la carne y circuncidar el corazon; los santos no se han santificado sino por los ayunos, la mortificacion de las pasiones y las penitencias más rigurosas. Pero ¿no hay, me diréis, para caminar á la vida eterna otro camino mas ancho, mas cómodo y mas fácil? No, hermanos míos;

los santos han tenido un corazón tan sensible como el nuestro, y han experimentado como nosotros las inclinaciones más violentas por los placeres; muchos de ellos han llegado á reconocer por una desgraciada experiencia su falsa dulzura, y el peligro que llevan consigo. Pero ¿de qué manera han pensado de todas esas satisfacciones frívolas que buscamos con tanto ardor y cuidado? La consecuencia que han deducido de tales antecedentes, es la misma que deberíamos nosotros sacar, á saber: que es imposible entregarnos á los deleites, y conservar un corazón contrito y penitente, cual conviene á un cristiano; que una vida disipada va poco á poco debilitando el deseo de la mortificación y de las lágrimas; que entre los pasatiempos del siglo se desmiente, á cada paso, la santa severidad del Evangelio, para sustituir las máximas de la carne á las del espíritu. El Evangelio dice: *bienaventurados los que lloran*; pero vosotros, buscando con la mayor diligencia los placeres, poneis toda la felicidad en una loca alegría y en una excesiva disipación. El Evangelio dice, *bienaventurados los que padecen persecución por la justicia*; pero todo vuestro afán tiene por objeto los pasatiempos criminales. El Evangelio presenta una cruz, un camino estrecho, una mortificación continua; y vosotros no queréis cargar con esta cruz, ensancháis el camino y suavizáis la mortificación. ¡Ah, cuán fácilmente, entregados á los placeres, olvidamos las cualidades de viajero, de desterrado, de soldado y de atleta, que el apóstol san Pablo mira como características de los discípulos de Jesucristo! ¡Con qué facilidad se pierde de vista esa patria celestial, á donde deben dirigirse todos nuestros pasos y cuidados! ¡y cómo no se piensa en otra cosa, que en mirar el valle de lágrimas como una ciudad permanente, donde todo es placer y diversiones!

El pueblo judío se distinguió en esto del resto de las naciones de la tierra. Jerusalén era siempre el objeto de sus pensamientos en su cautiverio, y á su patria dirigía sus suspiros; la separación de la ciudad santa le tenía sumergido en un profundo desconsuelo; y si algunas veces los gentiles le convidaban á tomar parte en sus fiestas, ó á repetir á lo ménos algunos cánticos de los que se acostumbraban en las grandes solemnidades de Jerusalén, exclamaban todos esos desgraciados diciendo: ¿cómo podemos alegrarnos en una tierra extraña? Los cánticos los reservamos para días más felices, para tiempos en que estemos libres de la esclavitud. ¿Cómo cantaremos los cánticos del Señor en tierra extraña? Así respondían los judíos en su calamidad, y pensaban que no debían permitirse el menor descanso ni alivio, viviendo entre cadenas y desterrados de su patria. La tierra en que vivimos, hermanos míos, ¿tiene más encantos para nosotros, que aquella donde ge-

mia el pueblo de Israel? La patria á donde caminamos, ¿tiene acaso ménos atractivos que Jerusalén y su templo? Así lo da á entender una gran parte de los cristianos. ¿Qué otra cosa deberemos pensar de esa alegría, de esa disipación, de esos placeres peligrosos á que se entregan sin precaución alguna? Si el espíritu de penitencia no se conforma con este género de vida, el de recogimiento y oración que Jesucristo exige de sus discípulos, ¿podrá subsistir entre las falsas alegrías del siglo? Si las distracciones y los disgustos afligen tantas veces las almas más puras y devotas; si los cristianos más fervorosos se ven obligados, en algunas ocasiones, á quejarse con el Profeta, de que su espíritu demasiado inconstante y ligero se les escapa á su pesar, y que una vez ido, ya no vuelve; si los negocios más legítimos inquietan hasta en nuestros templos á los fieles más recogidos y devotos; ¿cómo no han de quitar á la oración toda su eficacia y su valor, entregándose á la disipación y á los placeres? El Espíritu santo nos advierte continuamente, que preparemos nuestra alma ántes de dirigirnos á Dios: ¿será una preparación conveniente una vida, cuyos instantes más preciosos están consagrados á entretenimientos equivocados, y las más veces criminales? ¿Vuestra imaginación siempre inquieta no viene á turbar vuestras almas, hasta los pies de los altares, presentándoos mil objetos de que os avergonzáis vosotros mismos? ¿Cuáles, pues, son las causas de tantas distracciones? Las más conocidas y seguras son esas mesas sensuales y abundantes, que agravan vuestros espíritus; esas conversaciones sospechosas, que corrompen vuestros corazones; esos juegos excesivos, que turban vuestra razón; y esos desórdenes, que de todas maneras alteran vuestra salud y vuestras fuerzas. La oración es un gemido, decía san Jerónimo; y los gemidos no pueden salir sino de un corazón, que solo piensa en el objeto que desea. Pero ¿de qué están llenos los vuestros, al salir de esas casas de disipación y de alegría? de mil palabras equívocas que habeis oído, y proferido tal vez; de mil deseos vergonzosos y desarreglados; y que sé yo, si de mil libertades peligrosas que os habeis permitido. Sin embargo, os quejais de que no podeis orar, y que no es posible fijar el espíritu: muchas veces queréis excusar vuestra disipación, diciendo, que son muy largos nuestros oficios y ceremonias; pero yo miraría siempre como un prodigio que pudieseis pasar, en un instante, de los placeres á la oración, de la disipación al recogimiento, y venir tan alegres á los pies de nuestros altares, como lo estais en el mundo. No, hermanos míos, nunca orareis útilmente, mientras que vivais una vida de diversion y de placer; pero no por esto dejeis de velar. La vigilancia cristiana pide, pues, toda la atención del espíritu en todos los instantes de la vida,

de modo, que si nos abandonamos por un momento, ya estamos expuestos á perecer. Los santos Padres llaman á los momentos que empleais en las obligaciones del siglo, momentos de embriaguez é instantes de sueño, de los cuales se aprovecha el enemigo para perderos. Entónces están abiertas todas las avenidas que se encaminan á vuestro corazón: los ojos, por la indiscrecion de sus miradas; los oídos, por la facilidad con que se prestan á discursos seductores; la boca, por el ansia con que traga el veneno del crimen; y como dice el Sabio, entra la muerte por las ventanas.

Heródes incestuoso y sacrilego, tenia en el Bautista un censor severo de sus pecados, y quizá hubiera encontrado en sus advertencias y reprensiones razones poderosas para velar y temer; pero lisonjeados sus oídos con la armonía de la música, seducidos sus ojos con danzas lascivas y criminales, se irritan sus pasiones con las delicias de una mesa suntuosa y delicada. Antes que se entregase á estos placeres, hubieran podido tener alguna eficacia las palabras y las advertencias del santo Precursor; pero rodeado de tantos encantos y atractivos, ¿podrá pensar en tranquilizar su conciencia, arrojando el escándalo de su casa? No, ya no tiene ojos sino para ver los hechizos y las gracias, de que hace ostentación á su presencia la cómplice de sus desórdenes; ya no tiene oídos sino para oír la sangrienta súplica que le hace, ni corazón sino para corresponder débilmente á las violentas y desordenadas acciones con que pretende agradarle. Este príncipe, ántes de entregarse á los placeres, respetaba al Bautista; pero, después, la infame Herodíades es la que á un tiempo triunfa de una justicia moribunda, de una veneración casi apagada, y de una conmiseración espirante. Y por ventura, cristianos, ¿pensais tener más constancia y fidelidad que Heródes, si os entregais á los placeres? Pues sabed, que el demonio tiene muy seguro el triunfo, si una vez gustais del vaso de sus delicias.

Pero una moral tan dura y severa ¿no permite alguna excepción? ¿es posible que todas las diversiones estén reprobadas en el Evangelio? ¿no habrá placeres que puedan admitirse sin peligro? ¿no será lícito buscar alguna recreación para un cuerpo cansado del trabajo y fatigado de los negocios?—Cristianos, como en ninguna otra materia hay más facilidad de traspasar los justos límites que se prescriben, no tengo reparo alguno en deciros, que para un verdadero discípulo de Jesucristo no hay momento de disipación en la vida; y á fin de que en un punto tan interesante haya una instrucción completa, dividiremos los placeres en tres clases: primera, placeres criminales expresamente prohibidos; segunda, placeres sospechosos y peligrosos; tercera, pla-

ceres legítimos y permitidos. Los primeros deben aborrecerse de todo corazón; los segundos deben evitarse con mucho cuidado; y los últimos deben usarse con gran medida y precaución.

2. Placeres criminales y expresamente prohibidos. Hay diversiones que llevan consigo un carácter de reprobación, que no es fácil desconocer, no solamente porque la Iglesia las ha prohibido con grave censura, sino también porque conducen directamente al pecado. No intento por ahora hacer una descripción exacta de todas ellas, y así me bastará indicaros una sola, autorizada y justificada por el mayor número de las gentes del siglo, para que de aquí podais inferir el peligro de los demás. Hablo de esas representaciones peligrosas, en las cuales presentándose sensiblemente el origen y el camino de las pasiones, llegan á familiarizarse entre todas las clases de personas. Si quereis perder todo el pudor y la modestia; si quereis acostumbraros á no tener vergüenza alguna de los excesos más infames y deshonestos; si quereis tomar lecciones para imponer silencio á los movimientos de la gracia, no teneis que hacer otra cosa, que frecuentar semejantes espectáculos. Pero lo que nos aflige y desconsuela todavía más algunas veces, es que todos los que tienen esta costumbre, quieren persuadirnos, que su inocencia no peligrará en los teatros, porque la moral que se enseña en ellos, todavía persuade con más eficacia que la que anunciamos en las cátedras cristianas. El teatro, se nos dice, está ya purificado de esas escenas indecentes, que ofendían la castidad de los espectadores; ya no se oyen esas palabras groseramente obscenas, que molestaban los oídos de las gentes cultas y sensatas; ya solamente se enseñan las virtudes, que son útiles á la sociedad; aquí se aprende á ser buen ciudadano, á ser buen padre, buen amigo, buen esposo; aquí se ven pintados al vivo aquellos vicios que ofenden más la humanidad; aquí se descubre la violencia de las pasiones; y, finalmente, se ponen á la vista ejemplos heroicos, que enardecen nuestros espíritus en favor de la patria. Cristianos, no quiero entrar con vosotros en disputas; pero decidme solamente; ¿qué mudanza y qué reforma han producido en vuestras costumbres esas escenas tan castas y arregladas? ¿No habeis adquirido, por el contrario, más ociosidad, más curiosidad, más indiferencia para las cosas de la Religión? ¿No teneis ya ménos reparo para practicar ciertas acciones, que ántes mirábais con tanto escrúpulo? ¿No estais ya más familiarizados con el vicio y el desorden? Pues ¿cuáles son esos frutos útiles y santos que producen los teatros? señaladme uno, y no solo no declamaré contra ellos, sino que yo mismo seré su mayor apoyo y defensa.

Placeres sospechosos y peligrosos. Estos son aquellos que autoriza el uso y las costumbres del siglo. Condenarlos absolutamente, seria hacer un cargo á una multitud de personas virtuosas que usan de ellos; y justificarlos sin excepcion, seria aplaudir tambien á otra multitud de gentes ociosas, que hacen un abuso de su tolerancia. Lo que no tiene duda es, que son muy peligrosos; y que si no es imposible gustarlos inocentemente, á lo ménos corre mucho riesgo de perderse un cristiano que los disfruta sin precaucion.

Sí, hermanos míos, es muy fácil abusar de los placeres; y de cuáles no se abusa? se abusa de las mesas, pues aunque, segun la costumbre de los tiempos mas remotos, es medio muy eficaz de conservar la buena sociedad, el trato y las amistades de las gentes, tambien es una ocasion muy próxima de intemperancia y glotonería. Se abusa de las conversaciones y de las tertulias, pues aunque en ellas se pudiera hablar de cosas edificantes, ó á lo ménos de materias útiles, solo sirven para formar intrigas, para mantener tratos sospechosos, para indagar lo que pasa en las casas ajenas, y para quitar impunemente al prójimo su honor y estimacion. Se abusa de los paseos, pues aunque pudieran servir de un medio de recrear el espíritu fatigado del trabajo y de otras ocupaciones útiles, con la variedad de objetos que se encuentran, solo se procura satisfacer la curiosidad y realizar los deseos más criminales. Se abusa de los juegos...; pero este entretenimiento apenas merece contarse en el número de los placeres legítimos. ¿Por ventura será licito consagrar en el seno de las familias cristianas un tiempo, que reclaman otras ocupaciones mas serias, á unos juegos, en los cuales decide la suerte de la pérdida ó la ganancia? Esta es una materia, hermanos míos, que pide grandes consideraciones, que dejo para otra ocasion; pero, entre tanto, no puedo dejar ahora de advertiros, que en las casas, aún las mas piadosas, son los juegos muchas veces la causa de pérdidas muy considerables, y la ocasion próxima de resentimientos, de enemistades, de trampas, de quimeras, y tal vez de grandes blasfemias y de otros pecados gravísimos. Este es un entretenimiento que yo llamo sospechoso y peligroso por los daños que regularmente trae consigo: la prudencia, pues, ha de ordenarlo y ha de evitar sus consecuencias. Por tanto os digo, en general, que no habeis de usar de otras diversiones sino de las que sean legítimas, y esto con suma precaucion, observando el tiempo y las personas con quienes se disfrutan; y, sobre todo, no debemos emplear en ellas las horas del trabajo ni las de oracion, porque destinar á los placeres el tiempo que debemos á las ocupaciones útiles, es un grande abuso; y si se hace con perjuicio del público, de nuestras familias y de aquellas personas que

tienen derecho á nuestro trabajo, es un robo manifiesto; pero todavía es mas perjudicial emplear las horas destinadas á la oracion: este es un sacrilegio y un robo que se hace al Dios eterno.

La necesidad de considerar las personas con quienes nos asociamos para tales entretenimientos, es muy grande, y así solo conviene divertirse con los amigos sábios y virtuosos, porque ellos serán los primeros que pongan justos límites á los placeres; pero los amigos viciosos y corrompidos no traen otra cosa que la perdicion del alma, del cuerpo y de los bienes.

En fin, hermanos míos, nunca useis de los placeres, aún de los legítimos y permitidos, sino para que den de sí alguna ventaja sólida. Es cierto, que cuando se hace un uso moderado de ellos, son muy convenientes para restituir al cuerpo y al espíritu su vigor y tranquilidad; y así leemos en la Historia eclesiástica, que el apóstol san Juan echaba mano de las diversiones inocentes, para descansar de las fatigas de su apostolado: lo que debemos procurar es, que la Religion y la razon nos dicten la materia y la duracion de estas diversiones. ¿Quereis saber, en una palabra, ántes de entregaros á ellas, si son inocentes y permitidas? Consideradlas con relacion á Dios. Ved si puede resultarle alguna ofensa, y si interesan para su gloria: consideradlas con relacion al prójimo, examinando si son ocasion de escándalo ó de pecado: consideradlas, en fin, con relacion á vosotros mismos, y para ello debeis reconocer si se arriesga vuestra inocencia y la pureza de las costumbres. Cuando haya precedido este detenido exámen, entónces podeis entregaros á las diversiones, y léjos de ser un obstáculo para vuestra salvacion, os ayudarán á conseguirla, porque se renovará con ellas la aplicacion al trabajo, el fervor de la oracion; y honrado y santificado Dios en todas vuestras acciones, las recompensará cumplidamente con la eterna bienaventuranza. Así sea.